XIII JUEGOS FLORALES, SAN SALVADOR, 2016
RAMA: TESTIMONIO

UN CANTO A DOS VOCES

Nayda Acevedo Medrano

Dos patrias tengo yo: Cuba y la noche.

JOSÉ MARTÍ

Dos patrias tengo yo: Cuba y la mía.

ROQUE DALTON

El Salvador es un país cuya historia no podría entenderse sin el recuento de sus convulsiones sociales. Masacres, asesinatos, exterminios, prisión, tortura, exilio, son solo algunos de los mecanismos a los que el poder político ha recurrido para tratar de acallar las expresiones de descontento social de un pueblo que históricamente ha procurado hacer valer sus derechos.

Entre 1980 y 1992, el país vivió uno de los capítulos más sangrientos de su historia. El apogeo de la desigualdad social y las recurrentes violaciones de los derechos humanos, que por décadas fueron seña de identidad del actuar del Estado y de grupos de poder afines al gran capital, provocó que fuerzas insurgentes hasta entonces dispersas se unificaran en el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) y enfrentaran por la vía armada a los gobiernos de turno. Con todo, muchas de las «victorias» electorales se lograron con sendos fraudes; así, la administración del aparato del Estado jugó en función de los intereses de quienes manejaron a su antojo los destinos económicos, políticos y sociales del país durante esos años.

El gran saldo de este enfrentamiento ha dejado en cifras oficiales por lo menos ochenta mil muertos y treinta mil desaparecidos, aunque fuentes menos conservadoras calculan que el número es mucho mayor y que siguen quedando categorías pendientes, entre ellas la cantidad de personas que tuvieron que salir del país en calidad de exiliados políticos. Porque detrás de cada cifra hay un rostro, hay un sentir, hay un pueblo, hay luto, hay desunión, hay ruptura, hay una historia por conocer.

De lo vivido en esa línea de tiempo, muchas son las historias que se han contado desde distintos ángulos: testimonios de excombatientes de ambos bandos, sobrevivientes de masacres, familiares de personas desaparecidas, entre otros. Pero hay muy pocas relacionadas con la vivencia de los niños y las niñas del exilio, los que no vivieron el conflicto armado dentro de las fronteras patrias pero que cargan consigo una serie de historias, marcas y vivencias que tienen un origen común.

Este testimonio aborda esa cara de la moneda no descubierta aún. ¿Qué fue de los niños y niñas que tuvieron que dejar todo en su país de origen? ¿Hacia dónde fueron? ¿Qué vivieron, qué sintieron y cómo se adaptaron? ¿Cómo dimensionaron su regreso? ¿Qué hacen en la actualidad? ¿Marcó el exilio político su vida? ¿De qué forma les marcó? Estas son algunas de las tantas interrogantes que nos surgen alrededor de sus vivencias. Esas vivencias que fueron celosamente guardadas y llenaron cada uno de sus días.

Estos niños llevan consigo una mochila que mantuvieron siempre lista para volar a cualquier otro lugar o regresar a una patria imaginaria. Les fue necesario aprender a transitar entre la utopía y la nostalgia, a convivir con los arraigos y los desarraigos, a modificar su acento, a modular su voz, a cambiar sus hábitos y a guardar silencio.

Este es el testimonio de uno de ellos.

PRIMERA ESCALA

Primeros recuerdos. El peregrinaje, un pastel de anís, un retorno y una salida estrepitosa

Corría 1980. Entre los juegos de niñez con los amiguitos de la colonia se colaban los miedos de mamá y papá.

Como quien ve algo a través de la bruma, me veo sentada en un sillón café, semicircular. «Como quien no quiere la cosa», escuchaba algunas conversaciones de las que no entendía ni la tercera parte. Lo que sí entendía claramente es que algo no andaba bien. Había susurros, muchos susurros. Una frase rompió la voz baja:

—Mataron a Monseñor Romero —le dijo mamá a papá.

Luego, todo fue silencio.

Unos días después, en una mañana soleada, vi empacadas nuestras cosas en una maleta floreada. Era poco equipaje. Sin saber hacia dónde íbamos, yo era feliz creyendo se trataba de algún paseo familiar. Jamás imaginé que era el principio de mis estaciones.

—Hijas —dijo mamá—, haremos un viaje largo. Por favor, en el camino no hablen con extraños.

—¿Y si nos dicen buenos días? —replicaba alguna de nosotras con natural astucia.

Pocas veces nos expusimos a ello.

Para ese entonces éramos cuatro niñas. La mayor de nosotras habrá tenido catorce años, la segunda diez, yo habría estado entre los tres y cuatro y la pequeña tendría dos y medio. Mamá estaba embarazada, esperaba a quien fuera la menor de este clan de mujeres.

Sacando mis propias cuentas creo que hicimos un viaje por tierra pasando por Honduras y Guatemala hasta llegar finalmente a México. Nunca he corroborado esta ruta con ninguna de mis hermanas ni con mamá. Es parte de esos pactos que simplemente son. Hago la

relación porque tomamos un bus bastante incómodo que durante el camino se detuvo muchas veces porque unos señores vestidos con uniformes verdes y manchas cafés y con pistolas grandotas hacían registros. Cuando eso sucedía, veía la mirada nerviosa de mamá, que siempre nos mantenía a todas en un círculo, tratando de verse ecuánime, en una sola pieza.

Al cabo de un rato y varias paradas después, llegamos donde gritaban ¡Honduras!, ¡Honduras! Sin embargo, no podría aseverar si ese fue el orden real del viaje. No olvido, eso sí, el nombre del lugar y una de las anécdotas que marcarían mi vida.

Llegando a la terminal, un lugar muy sucio, lleno de hojas de lechuga en el piso y que olía muy mal, nos encontramos con una comitiva numerosa de militares. Mamá nos miró fijamente como advirtiéndonos del pacto de silencio que nos había impuesto y de la prohibición de hablar con nadie, mucho menos si alguien vestía uniforme de ese tipo. Recuerdo a mamá serena y a muchos de ellos lanzándole miradas y piropos. Uno de ellos se le acercó para ofrecer su ayuda:

—Señora, tan guapa y sin quien le ayude con tantas niñas. Venga, le ayudo a cruzar la calle —le dijo.

Mamá, fiel a su estilo, sin siquiera alzarle la mirada, agradeció el gesto, creo que más por guardar las maneras y las apariencias. Volvió la mirada hacia mí y dijo:

—Hija, dele la mano al señor, por favor.

Yo no sabía muy bien si dársela o no, pero ante tanta mesura y la contundencia de la orden de mamá, terminé dándole la mano al señor y cruzamos la calle en un silencio tan tenso que hasta el hedor de la lechuga se detenía. Años después comprendería que esas palabras tendrían un sentido de supervivencia, que el talante de mamá ha sido una lección de mesura invaluable. Que hay que contener el aliento sin despotricar, que hay que aprender a reaccionar. En esos tiempos, iba la vida en ello. Lección número uno: prudencia.

Habremos pasado sin pena ni gloria entre varias estaciones entre lo que restaba de Honduras, pasando por Guatemala, hasta llegar a México. Fue acaso la del Distrito Federal la estadía más larga luego de despertar en un lugar, dormir en otro, para luego salir hacia un tercero, y así en los días pasados. Era extraña la sensación de nómada, pero una se acostumbra.

Empezaría así nuestro desarraigo: oyendo otros acentos, yendo a otras escuelas, comiendo otros «platillos típicos».

Contra el silencio externo y las nostalgias, el clan de hermanas y mamá manteníamos terapia de risa. Algunos de nuestros recursos para ello eran ver las caras de cada cual al comer paletas de chile; nuestros propios guiones —el elenco era suficiente para ello— de *La Dama de las Camelias* o de *Cien años de soledad*. En ese tiempo mis personajes eran cualquiera que tuviera algún parecido a Remedios la Bella, pues mi lucidez aún no mostraba su esplendor y nada me quedaba mejor que los elegantes desmayos y todo aquello que

tuviera que ver con modales de época; el arte de molestar a la hermana que ya tan grande se chupaba el dedo… Así pasábamos, tratando de hacer nuestros días normales. Fue ahí donde nació nuestra hermana menor.

Mamá descansaba recostada en el espaldar de una de las camas luego de alguna de las sesiones de teatro cuando de pronto vimos bajar agua entre sus piernas.

—Estoy rompiendo fuente —dijo.

Y aunque no entendía qué eran esas palabras en sí, me uní al aplauso y a la felicidad. Dos días después estaba con nosotras un bultito de ojos asustadizos y pelo café cobre.

Por entonces la ausencia de papá empezaba a ser una constante. Y aunque teníamos juguete nuevo con la pequeña y él explicaba que tendría que irse algunos días y que regresaría (repitiendo una y otra vez el ritual de quitarle un pelo de su incipiente calvicie como promesa de su regreso), siempre había un sinsabor entre mis mejores momentos.

Así fueron pasando los días en México. Llegábamos al año 81 y mi cumpleaños número cinco. Un hermoso pastel en forma de canasta llegó a casa, papá no. Y aunque cantamos el «Cumpleaños feliz», hasta el día de hoy el anís me sigue sabiendo triste, no me gusta, tal vez lo relaciono con la ausencia.

En ese andar nos llegó el día en que sin aviso estaríamos regresando a El Salvador. Sería 1982 ya y mi entendimiento daba para más. Sabía que la prudencia debía ser mucho más aguda para esas fechas, que el camino del kínder debía cambiarse, que aunque vimos más veces a papá, cada vez estaba más delgado; que el niño que llegaba a dejar las tortillas y que tenía más o menos mi edad le contaba a mamá que los guardias preguntaban por ella y por papá; que los secretos eran fundamentales. No podríamos contar a nadie sobre las paletas de chile o a quién le di la mano para cruzar, sobre el osito panda de Chapultepec y mucho menos de las personas que conocimos, o de ese viaje de más de un año de duración, ni siquiera a la familia, no nosotras.

Llovía y llovía. Mientras digería mis silencios, intentaba también comprender algunas de las cosas que estaban sucediendo. Todo era confuso, pero me daba miedo preguntar. A veces pienso que ese amanecer en el que San Salvador retumbó entre una marejada de lodo y árboles escupida por el volcán fue provocado por tanto enredo en mi cabeza. Vivíamos en San Ramón.

Como pudo, mamá nos sacó a todas. Mi atuendo era un *short* rojo de lunares blancos, pero no recuerdo el de ninguna de mis hermanas. Por el dolor en la planta de los pies al caminar sobre piedritas, sé que no dio tiempo para los zapatos. Supongo que mucho menos para otra maleta como las de nuestras tantas huidas. En una de las casas al paso nos saludó un señor que se dedicaba a arreglar los dientes. Conmovido, me dio un suéter que era tres veces mi tamaño, pero que cubría todo lo que iba descubierto. Palpé la angustia cada vez que alguien gritaba «¡Ahí viene el lodazal, ahí viene el lodazal!», hasta que llegamos a una calle amplia, grande, asentada en lo que parecía un universo paralelo, pues ahí no llovía y

todos estaban vestidos. Unas cuadras después, nos refugiamos por unas horas en la casa de mi tía paterna; luego nos trasladamos a la casa de mi tía materna, en la colonia San Joaquín. Desde la azotea podía verse el inmenso espacio de tierra deslizada entre los árboles del imponente volcán. Estaba lesionado y nosotras, una vez más, nos habíamos librado de la muerte.

Conseguimos una casa, en la misma zona, que más bien parecía un sótano. Era bastante grande pero muy vieja. Los pilares crujían con solo verlos. El techo de tejas era hotel de cualquier clase de bichos y había carnaval de ratas a toda hora. A pesar de lo lúgubre, estábamos todas unidas, y eso le daba calor al lugar.

Una noche me despedí abruptamente de mis dos hermanas mayores. Ellas se quedarían con su abuela paterna, que vivía a una cuadra de la vieja casa, mientras nosotras teníamos que desaparecer cuanto antes de ahí. Años más tarde, mamá contaría que apenas unos minutos después de haber salido llegaron a buscarnos muchos hombres armados. Derrumbaron la puerta y entraron, pero nosotras ya estábamos lejos.

Fue también por esas fechas que vi por última vez a tías y tíos, a primos, al abuelo y a la abuela. Nunca más volví a experimentar esa sensación de familia amplia. Aún muchos años después, cuando la familia se reúne, me comparo con el volcán de San Salvador. Algo se fracturó después de la lluvia. Él perdió sus árboles, yo, mi arraigo.

SEGUNDA ESCALA

Nicaragua, sin miel de tamagás

Como pudimos, subimos a un avión que casi inmediatamente alzó vuelo. Caía una llovizna extraña y hacía un sopor tremendo. Nos acomodamos con apuro y, entre el cansancio y lo entrado de la noche, me quedé dormida. Solo íbamos mamá, mis dos hermanas menores y yo. Ni siquiera sentí cuánto duró el viaje.

Abrí los ojos casi por instinto en el preciso instante en que aterrizamos. Bajamos del avión y caminamos por una pista asfaltada entre la neblina y en medio de la oscuridad. Esta vez no llevábamos equipaje. Nos esperaba en una camioneta un hombre que no conocíamos.

—Bienvenidas —dijo.

Habíamos llegado a Nicaragua.

Nuestra primera morada fue un hotelito que no recuerdo si se llamaba Los Robles o Los Cedros. Pero sé muy bien que estaba camino a Masaya.

A pesar de ser un lugar extraño, los primeros días fueron bastante entretenidos. Había una piscina y papá venía de visita bastante seguido. Empezamos a ir a otra escuela, donde

nos aprendimos otro himno nacional. Por las tardes escuchábamos noticias de El Salvador mientras tomábamos una gaseosa «rojita».

Papá y mamá empezaron a frecuentar los «colectivos», espacios donde los «organizados» se reunían para hablar de la revolución. Nosotras íbamos con ellos, así como muchos niños y niñas cuyos padres eran como los nuestros. Las noticias de El Salvador siempre nos llegaban de rebote: cantidad de asesinados, personas conocidas, llantos, tristeza, esperanza, expectativa, regreso, espera.

En esos días conocimos también a un hombre al que llamaban «el poeta». Cuando el poeta se sentaba, todos los niños y las niñas lo rodeábamos para escuchar sus poemas, mientras cantábamos y nos reíamos con él. Entre tanta confusión, el poeta nos daba sonrisas y rimas. Era nuestro mago de la palabra y cada vez que lo veíamos era como jugar con piscuchas y sentir el viento en el rostro. Quizás sin percatarse, su labor fue la de hacernos un cuento sin tormentos o un poema infantil donde los dulces y los colores, menos la imaginación, podían faltar. Muchos años después supe que era Alfonso Kijadurías.

Una tarde de esas nos llevaron a la guardería, un lugar donde vivían otros niños y niñas, en su mayoría sin familiares cercanos, que quedaban bajo los cuidados de los compañeros de la organización con más tiempo de estar instalados en Managua. De pronto, no vimos a mamá.

Al principio no entendía por qué no estaban ni mamá ni papá. Solo estábamos mis hermanas menores y yo, y que al ser la tercera en el clan asumí a como dio lugar el papel de hermana mayor. No era fácil comprender por qué teniendo seis años me castigaban cuando mi hermanita de dos se hacía pipí en la cama o porque no quería ser parte de los juegos. Solo sé que asumí el rol con toda la responsabilidad del mundo. Que cualquiera que quisiera meterse con mis hermanas tenía que vérselas conmigo. Tanto fue así que una vez me peleé a puño limpio con todos los niños de la guardería. Molestaban a mi hermanita mediana y solo le dije al líder, que se llamaba Fernando, «Dejá de molestarla, mejor arreglate conmigo». Pero detrás de Fernando vinieron por lo menos seis más. Esa fue mi primera pelea. Por supuesto, me castigaron. Y, por supuesto, lloré hincada en corcholatas.

Fueron pasando los días en Nicaragua. Como la guardería no me gustaba nada, para no pasar tan aburrida me subía a un árbol de hicacos, desde donde veía a los otros niños jugar o llorar. Justo al lado de la guardería había una especie de campamento como el de *Los Cachorros* en el que los niños, vestidos de milicia, nos mostraban su destreza para matar gallinas. A esas demostraciones se sumaba Fernando. Yo odiaba esas matanzas masivas de gallinas, pero alguna vez hasta nos tocó ayudar a desplumarlas. Yo, que nunca había siquiera tocado una gallina, me moría de lástima, no digamos tener que quitarle las plumas a la pobre.

Entre los muchachos, las peleas, las gallinas, los juegos y los castigos me llegó el año 1983 y ya febrero anunciaba su entrada. El día seis, que es mi cumpleaños, lo esperaba con

ansias, pero pasó sin pena ni gloria. No fue hasta el día nueve que recibí de manos de papá una caja con algunos juguetes raros: una pelota pegada a un hule (como un yo-yo), dulces y otras boberías que para mí eran un tesoro. Lo mandaba mamá desde el lugar en el que estaba con una notita que decía: «Feliz cumpleaños número siete, hija. Nos vemos pronto». Es increíble cómo pequeños detalles le marcan la vida a un niño. Desde esa vez celebré mi cumpleaños los días nueve de febrero, no el seis.

Pasaron los meses y una mañana, sin mucho aviso, arreglamos nuestras cosas para tomar un avión. Que iríamos donde está mamá, nos dijeron.

Sucias, llenas de piojos, con el peor de los catarros y lagañosas por la conjuntivitis, llegamos por la tarde a una isla calurosa. Mamá nos dio un baño en tina y el agua que dejamos no tenía un color preciso. Ella no paraba de llorar.

Cuba nos abría sus puertas.

TERCERA ESCALA

La cubanía

De todas las estaciones por las que pasamos, Cuba fue sin duda la que marcó mi vida. Casi una década de manías, sabores, acento y son moldearon mi personalidad. Aprendí así, desde mi llegada, su historia nacional, hasta que fue también mía.

Mi primer gran recuerdo agradecido: «Solidaridad con Chile», una escuela primaria que albergaba a niños y niñas de todo el mundo, hijos de exiliados. Era casi una asamblea de Naciones Unidas en pequeño. Había niños de Angola, Nicaragua, Guatemala, Uruguay, Argentina, Colombia y, por supuesto, de Cuba y de Chile. La escuela nos recibía cada domingo y pasábamos en ella el resto de la semana, día y noche, hasta que llegaba el viernes, cuando regresábamos a los apartamentos que nos habían asignado, casi todos entre los barrios Alamar y Boyeros. A mis hermanas y a mí nos tocó en el Casino Deportivo, del Cerro, y éramos de las que, con suerte, llegábamos al eventual abrazo de mamá.

Fuimos quizás de las primeras niñas salvadoreñas en llegar. Todo era sumamente nuevo, pero lleno de mar tranquilo, apacible. Había una relativa complicidad, pues entre nuestras miradas, cada cual desde donde veníamos, sabíamos de nuestras estaciones y de nuestro origen.

Poco a poco aprendimos a usar un uniforme blanco y remolacha, que es el que usan todos los niños en las escuelas cubanas. Comprendimos el significado de portar con orgullo una pañoleta azul y de recibirla con responsabilidad. Al llegar a quinto grado, recibíamos la pañoleta roja. Fui así toda una pionera que asumía los valores que desde la niñez nos iban inculcando en una escuela multicultural.

Y mi niñez transcurrió estudiando en «solidaridad», adoptada por los tambores yoruba y tratando de no dejar morir el recuerdo del país de origen, que poco a poco se hacía una silueta más vaga.

Los fines de semana eran una fiesta cultural. No puedo menos que aseverar que la niñez en Cuba es sumamente privilegiada. Elegir entre el circo ruso en la Ciudad Deportiva, lectura de poesía para niños, conciertos de Silvio Rodríguez o Pablo Milanés, fuera abierto o especialmente para El Salvador, el teatro guiñol lleno de marionetas multicolores o el ballet en el teatro de La Habana no era ningún problema. Algunos domingos de ballet, antes de ir a la beca primaria, mamá nos peinaba meticulosamente con un impecable moño enroscado para ir al teatro. Tenía para ese entonces un hermoso pelo largo que me llegaba a la cintura. Recuerdo que una vez que al llegar a la entrada le dijeron:

—Las niñas son bailarinas, deben entrar por la otra puerta.

Yo no cabía de la emoción por el equívoco. Por esos días, mi aspiración era ser bailarina luego de ver a Alicia Alonso ejecutar prístinamente, en el inmenso escenario de la sala «Federico García Lorca», al mejor cisne blanco que he podido ver de *El lago de los cisnes*.

Mi amor por las artes en todas sus manifestaciones viene sin duda de ese privilegio de opciones y agenda cultural. La literatura infantil y el arte en general brotaban desde los mejores exponentes, fueran vivos o fallecidos. Hasta estos días, echo en falta la agenda cultural, pero también la calidad en el arte.

Fui descifrando a Cuba casi como mi propia cuna y fui aprendiendo a besarla y a agradecerle por ser un lugar justo, en el que teníamos lo que teníamos que tener, que nos enseñaba a desarrollar nuestro intelecto a través de una vasta oferta cultural, bañado además con una inmensa dignidad, con un claro sentido de la revolución y con una capacidad crítica y solidaria impresionantes.

En medio de todos esos aprendizajes, los encuentros con papá en la isla no eran muy seguidos pero se convertían en todo un suceso. Recuerdo claramente las caminatas por el Malecón hasta llegar al Castillo del Morro, las conversaciones ideológicas que ya entablaba con él, los interminables juegos de ajedrez, su bondadoso rol de papá, poco ejercido pero visiblemente desplegado al vernos correr para abrazarlo en cada llegada.

Una de esas visitas fue para mi cumpleaños número diez. Ya era 1986. Para mi sorpresa, recibí un reloj digital Casio y un vestido beige con líneas ocres, lo que a mi edad y en Cuba era todo un lujo. Fue la última vez que veríamos a papá.

Una tarde de ese mismo año llegó uno de los encargados de dar ciertas noticias, al apartamento. Tenía la misión de hablarnos de papá. «Cayó heroicamente en una emboscada», nos dijo. Paradójicamente, un diecisiete de junio. Llevaba en su mochila varios pares de colitas para el pelo, juguetes para niñas y a nosotras envueltas en tusa para pasar la lluvia, la nostalgia y el hambre. Nos dieron su reloj, detenido y frío.

Es que no hay manera de devolver a una hija la ausencia de un papá.

Sin digerir la noticia, nuestra rutina siguió. Dejar la escuela primaria y pasar a la secundaria al campo era otra experiencia. A diferencia de la primaria, teníamos mucha más interacción con adolescentes cubanos, y éramos nosotros los extranjeros. A mí me decían «la salvadoreña» o «la china»; sin embargo, era un distintivo casi como relativo a la denominación de origen, pues la verdad mi acento y mi personalidad tenía ya a esas alturas más rasgos cubanos que de cualquier otro lugar.

Para esa época descubriría el amor por primera vez y la supervivencia cubana en todo sentido. La beca era una jungla donde te abofeteaba la realidad, donde a pesar de toda la solidaridad se practicaba la ley del más fuerte y donde "o te plantas o te caes". Siempre he dicho que las becas en Cuba son espacios de alto nivel académico, pero sobre todo son escuela de vida. Forjan carácter. A ellas debo la fuerza de resolver, de no quedarme de brazos cruzados, de contestar, de preguntar, de reclamar, de estudiar hasta cansarme, de no dejarme joder de nadie; pero también la jocosidad, la risa a flor de boca, la solidaridad, el ingenio, el cariño, la justicia, la alegría por la vida, la fiesta. Porque sí, la cubanía se me plantó en la médula. Y crecí.

Ya para mi adolescencia mi interacción con la comunidad salvadoreña se mantenía durante las vacaciones escolares, que eran entre julio y agosto de cada año, a través de los trabajos voluntarios realizados en el campamento que albergaba a los lisiados de guerra que llegaban del frente guerrillero para recibir atención médica. «El campamento» estaba instalado en Santiago de Las Vegas, a las afueras de Ciudad de La Habana, y cumplíamos a cabalidad, con mucha atención y solidaridad las tareas ahí asignadas, que iban desde enfermería, cuidando a los «compas», hasta albañilería, construyendo las barracas colectivas en las que se iban instalando por orden de llegada.

Recién asomando mis curvas, el primer contacto con lo que podría ser la realidad salvadoreña fueron «los piropos», y fue sumamente desagradable.

Esa acción tremendamente invasiva, que no tenía nada que ver con el respeto, la caballerosidad y la poética cubana en el arte de cortejar, era, a mi simple y joven criterio, algo asqueroso. Escuchar «mamayita» acompañado de un largo y morboso etcétera, que me sigue molestando, definitivamente no era de mi agrado. Éramos adolescentes, sí, pero seguramente no pasábamos de los trece o catorce años. Comprendería luego la dinámica de los acompañamientos «precoces» que suelen darse en la zona rural de El Salvador, pero en ese momento, simplemente me hacía llorar de frustración.

En ese colectivo de jóvenes salvadoreños, que ya para entonces era significativo, fuimos aprendiendo a hacer malabares con la identidad dependiendo del lugar y del tiempo en el que estuviéramos. Los mayores, pero menos antiguos de residir en la isla, eran más cautos con la cubanización que emanábamos los más jóvenes criados bajo la palma real; y aunque no me acordara qué cosa eran las pupusas y quizá por nostalgias añadidas me sumaba a las largas tertulias que se tenían por las tardes y a los análisis de coyuntura, nos unía el mismo cordón umbilical.

Así supe de la ofensiva de 1989. En una de las reuniones de jóvenes se pidió guardar un minuto de silencio por la muerte de Joseíto, un niño de doce años al que cuidé y curé por varios meses, mi primer y único amigo del Frente y con quien pude tener largas conversaciones. Joseíto se esforzaba mucho esfuerzo para explicarme por qué extrañaba tanto El Salvador: sus olores, sus sabores, sus costumbres, su música. Tenía una valentía y una convicción que triplicaba su madurez. Se incorporó al Frente teniendo nueve años, luego que la Fuerza Armada asesinara a toda su familia.

—Anduve solo por el monte a saber cuánto tiempo —me decía—. Hasta que me topé con los compas, que me dieron de comer y me prestaron unos zapatos. Y me quedé.

Me hacía el cuento de cómo al principio le costaba cargar el fusil, que lloraba quedito en las noches porque extrañaba a su familia. Yo le contaba que de cierta forma a mí también me habían arrancado a mi familia, que no entendía todo lo que me quería decir porque no recordaba El Salvador. Y nos abrazábamos, bajo un árbol de mango, y nos secábamos las lagrimitas, y nos consolábamos el corazón de niños.

De Joseíto tengo impregnada la inocencia mezclada con lo aguerrido. Echo de menos la sinceridad en el diálogo, que no logré con nadie más. Podría escribir un libro entero de él y sus vivencias: es una deuda con él, es una promesa conmigo.

Pasada la ofensiva, y con el grupo más cohesionado, empezamos a recibir entrenamiento militar. Caminábamos 20, 30, 40, 50 kilómetros y a veces nos íbamos a Jaruco, que es una zona pantanosa donde se une el río con el mar al nororiente de La Habana. Esas experiencias de preparación eran inverosímiles, y aunque era zona segura y nosotros lo tomáramos a broma con más de una anécdota que hasta hoy nos desternilla de la risa, eran entrenamientos fuertes. Años después supimos que quien nos entrenaba era un «Samuelito» y que nos estaban preparando, sobre todo a los mayores, para enviarnos en cualquier momento al frente de guerra.

Recuerdo regresar molida de esos entrenamientos. En una ocasión volví tan hinchada que parecía un pez globo cuando se siente amenazado, pues me había sobreexpuesto a una planta que en Cuba le dicen «guao», algo así como el «pan caliente» salvadoreño.

En noviembre de ese mismo año, ya en medio de la cotidianeidad escolar que iniciaba cada septiembre, estábamos todos mis compañeros y yo viendo las noticias en la beca cuando de pronto se escuchó: «Ha caído el muro de Berlín». Todo era murmullo, hacíamos debate en clase y fuera de ella, había incertidumbre; se hablaba de la perestroika y, entre todo ello, la cubanía se mantenía firme. La escasez se empezaba a dejar sentir, pero hasta en ello había equidad, era parejo para todos. La relativa ausencia de lo material era compensada por la amistad, la solidaridad, la camaradería, el chiste, las colas y un largo etcétera. Y, por supuesto, entre todo ello había tiempo para el amor.

—Me llamo Juan Carlos —me dijo un mulato de ojos chinos que entró con nosotros en el preuniversitario.

—Hola —le dije muy simple, porque la verdad a mí quien me gustaba era su amiguito.

Y nos hicimos inseparables desde ese momento.

Para aquel tiempo llevaban a la beca una especie de discomóvil para nuestro entretenimiento. Una de esas noches, mis compañeras y yo bailábamos cuando aparecieron mis inseparables. Entre espontaneidad y risas me fui a sentar con ellos para conversar sobre el día y la rutina, cuando de pronto Juan Carlos me invitó a bailar.

—Mijito, pero si tú no bailas —le dije cantarina.

—Y eso qué —me replicó—, hago el intento por ti.

Y bailamos, primero muy sueltos y descomplicados, como una baila con los amigos de siempre, pero poco a poco fue cambiando el ambiente y la tonada, y en un santiamén estábamos abrazados, coreando una canción de Eros Ramazzotti. Sellamos la noche con un larguísimo y tierno beso.

Dulce, ocurrente, risueño, se cruzaba La Habana de punta a punta en bicicleta para ir a verme los fines de semana que teníamos libres. Nos mirábamos a los ojos y un fulgor había siempre en ellos, y duró lo que el tiempo nos permitió, pues la felicidad no podía desplegar sus alas en aquellos casos en los que las aves son de paso. Y cayó de golpe la realidad.

Para 1990 el regreso de la mayoría de extranjeros exiliados era inminente y con él la sensación de "la maleta lista" crecía cada vez más. El primer conato de salida fue desgarrador: mis compañeros de beca del preuniversitario lloraron conmigo y Juan Carlos estaba tan descompuesto como yo. Teníamos el corazón roto. En el fondo, yo era consciente de que ese día tendría que llegar, pero cada vez era más difícil asumirlo.

Fue en agosto de 1991, el año en que cumplí quince años sin fiesta rosa, el año en que ya se hacía sentir el período especial en Cuba, el año en que comí el pastel más amoroso que he probado en mi vida, ¡odisea la de mi madre para conseguir los ingredientes! Fue el año en el que se anunciaba el cese al fuego en El Salvador.

Y una mañana, nuevamente me tocó dejar las mañas y los olores, dejar los juegos, la niñez y la adolescencia, dejar las fotos y no llevar más que los recuerdos y el acento. Me tocó dejar, acaso, el más puro de mis amores y la más enraizada de mis identidades. Era tiempo de volver y era tiempo de dejar, aunque no supiera a ciencia cierta a qué volver y fuera extremadamente doloroso dejar.

En ese vuelo de salida íbamos mis hermanas, mi mamá y tres compañeros lisiados que regresaban a El Salvador. Mi corazón lloró justo en el momento en que el avión iniciaba su ascenso, pues sabía que no había marcha atrás. Aún en estos días, cada vez que he visitado mi isla y sé que debo partir, lloro mucho. Es que hay adioses que nunca terminan.

Me perteneces, eterna forastera,

desde la entraña a la nostalgia,

desde el pasado hasta la historia,

desde el verbo hasta la idea.

Porque en gran medida soy la isla que me abrió los brazos, soy la isla que me dio las herramientas para ser, soy la isla que me vio crecer y preparó mis alas para volar, haciéndome con ella al viento.

CUARTA ESCALA

El verdadero exilio

El acento caribeño era demasiado intenso para entrar de manera directa a El Salvador. Una escala fue necesaria: Nicaragua.

Al llegar pude darme cuenta de cómo ese país seguía representando una bolsa llena de demonios y de fantasmas. Para mí, regresar a ese lugar era despertar temores y tristezas, inseguridades, abandonos. Pero ahí estábamos, recién llegadas, como animalitas asustadas, calladas, oyendo mucho, hablando poco.

No obstante, el garbo, la solidaridad y el compañerismo con el que fui formada ya eran parte de mi andar. En el Aeropuerto de Nicaragua detuvieron a uno de los compañeros lisiados que venían con nosotros. Con mis quince años, me quedé mirando a mi mamá y lo que le dije fue: «Él no se puede quedar solo acá». Estuve lo más cerca que pude tratando de averiguar y generando un diálogo que permitiera conocer qué pasaría y el porqué de la detención, sobre todo porque no sabíamos cuánto tiempo estaríamos en Nicaragua y si la detención tenía que ver con el retorno al país. Aún no se habían firmado los Acuerdos de Paz y todo era sigilo, cuidado, silencio y prudencia. Al compañero lo soltaron una hora después, aduciendo que habían cometido una equivocación, y seguimos así nuestro recorrido.

Nos instalamos cerca del mercado Israel Lewites y todo era realmente apabullador: el ruido del mercado y las vendedoras, la diversidad de comida en la calle, el acento, los rostros, los olores, los compañeros de la casa compartida.

Precisamente uno de ellos era una señora belga (¿o alemana?), que hacía tratamientos de acupuntura. La recuerdo muy bien porque uno de esos días a mi hermana menor le dio una vomitadera tremenda al empacharse de tanta comida, y ella, con toda la paciencia del mundo reunida en sus manos y sus agujitas, logró quitarle el malestar a la pobre, que parecía un alfiletero.

Una mañana, en el patio de aquella casa de Managua, en una ceremonia de silencios compartidos y lágrimas discretas, quemamos nuestros pasaportes. El encargado nos indicaba que debíamos sacar «salvoconductos» con fechas recientes para evitar

interrogatorios sobre la cantidad de años que habíamos permanecido fuera del país. Existía la opción de entrar por puntos ciegos en una lancha que atravesaría el golfo de Fonseca; sin embargo, con un golpe de suerte y con los documentos provisionales en mano, volamos a San Salvador. Una vez más esa sensación de vacío, de no saber a qué vas, se apoderó de mí, y así fue durante todo el viaje. ¿Hacia dónde vamos?, ¿quién me preguntó si quiero?

Y así llegamos de noche. Había un sopor extraño en el aire. Una mamá con un bebé en brazos y una pequeña mendigaban en el aeropuerto; militares con caras de pocos amigos, muy distintos a los otros militares, con los que crecí. Era un cuadro bastante doloroso para mí, me dolían los ojos y el corazón, me dolían las manos y la garganta, hasta que comprendí que este país cala hondo y deja dolorido.

Nos subimos a un microbús. Mis hermanas menores, que son más mis cómplices de vida, no dejaban de mirarme, y yo a ellas, con caras de duda. Iniciamos el recorrido desde el aeropuerto a San Salvador y mis ojos no cabían en su cuenco tratando de escudriñar, tratando de ver algo entre la oscuridad. Me encontraba con anuncios de vaqueros y cigarros, veía neones mostrando bebidas de todos los sabores y colores, mi corazón acelerado buscaba algo familiar. No encontraba nada… nada.

A lo lejos se veían unas pequeñas luces rojas suspendidas: llegué a pensar que los extraterrestres venían a estudiar el dolor de El Salvador. Hasta que llegamos a la casa de mi tía paterna, quien, para mi alivio, de pronto comentó:

— Qué claritas se ven hoy las antenas del volcán.

Fue así que recordé el volcán y fue así que descarté la teoría de los extraterrestres para saber que existían unas antenas, unas muy grandes.

De mi regreso surgen estas líneas:

Octubre de mil novecientos noventa y uno.
Entre la ansiedad y el espanto, la noche nos da la bienvenida.
Llueve, el camino oscuro no cesa, llueve.
Miles de letreros confusos nos guían a la ciudad.
Siento el sopor de las calles extrañas.
Me aturde una mezcla de olor a tristeza y llanto.
Es gracioso el acento, no recuerdo haberlo guardado.
Creo que aquí la gente reza para espantar el odio,
el hambre y el miedo.

No hay sonrisas, veo rostros apurados en la avenida
Escucho a mamá decir ¡Llegamos a casa!
Siempre oí de casa con cierto dolor y nostalgia

Pero ahora que veo en la penumbra, entiendo el color de la patria:
20 mil kilómetros cuadrados mancillados de sangre y miseria
¡Qué distinta a mi otra patria!

Respiro hondo, me sabe amargo el terruño y busco refugio.
Creo encontrarlo cuando me acaricia la niñez privilegiada que guardo.
Recurro a mis libros de cuentos infantiles,
busco un pretexto para sentirme segura, para sentirme cobijada.

Y de repente lo encuentro:
una niña me saluda con gesto de adulta,
me grita con sus ojos que entre tanta pobreza la sonrisa importa
Que no desmaye, que me trague los gritos,
«*¡Quedate, quedate...!*», *la oigo en un susurro.*

Respiro hondo y comprendo.

Será necesario contener el aliento mil veces,
habrá que hacer de tripas corazón,
tendré que librar todas las batallas,
seguro me cansaré de llorar, llorar, llorar, llorar,
me lustraré la córnea para sacarle brillo a los ojos.
Habré de arraigarme al dolor para sacar esperanza,
tendré que crecerme y crear, crearme y recrear.

Repetiré eternamente que vale la pena
y habré de persignarme y hacerme despojos,
Por los siglos de los siglos y cada día.
Pues al final lo sé:
¡Qué lejos de aquí está la felicidad!

Había que instalarnos.

Mi madre, que es la madre del sentido común, hizo malabares y más tarde estábamos instaladas en casa de una de mis tías maternas. Descubrir a los primos era toda una odisea y era mayor aventura tratar de conocer a todos sus amigos de infancia.

Nosotras, que llegamos con la historia de que habíamos recién regresado de México, estábamos sentadas frente al televisor viendo un programa sin sentido que pasaban los fines de semana y en el cual había artistas invitados. En esa ocasión, la invitada era la cantante Lucero. De pronto una de nosotras dijo: «¿Y quién es esa?».

Todos se quedaron mirando con un inmenso signo de interrogación en la cara, hasta que uno de los presentes no pudo más y soltó: «¿Y que no vienen de México, pues?».

Ni lenta ni perezosa me paré como con intención de ir a buscar alguna cosa, y le contesté mirándole muy serena

—Sí, pero vivíamos en el interior.

Y con la misma llamé a mis hermanas, con quienes seguimos hablando en nuestros propios códigos y nos seguíamos riendo de esas cosas extrañas.

Fueron pasando los días y nosotras, que ni siquiera teníamos certificados de educación, logramos instalarnos por gestiones de la familia en un colegio católico de niñas. ¡Ay, mi madre!, eso era tremendo. Recuerdo claramente que todas las mañanas hacían los rezos y pues, nada, nos tocaba bajar la cabeza y mover los labios, como cuando una no se sabe la canción pero igual sigue el estribillo.

Mi hermana la mediana gestionó un par de clases de baile en el colegio. En ese tiempo estaba de moda la salsa. Para nosotras y más para mi hermana, era una forma de vida más que una moda y sabíamos una cantidad de pasos que al parecer fue demasiado para algunas madres de familia, pues terminaron quejándose por lo escandaloso de los movimientos. No entendimos, pero así fracasaron los planes de baile caribeño.

Todo era extremadamente distinto. La forma de comunicar, la manera de hablar, la entonación al pedir la hora, el individualismo más que la solidaridad, el «sálvese quien pueda», la ausencia de comunidad. La nostalgia me pesaba tremendamente hasta que, por inducción de mi hermana mayor, que para mí había sido todo un descubrimiento pues me tocó ejercer el cargo de hermana mayor por varios años, llegué a conocer a algunos integrantes de movimientos estudiantiles de la Universidad de El Salvador.

Ya ahí la historia empezó a cambiar de tono, pues el lenguaje me era más familiar. Yo todavía no llegaba a los dieciséis años, pero me apasionaba escuchar hablar de las actividades a realizar, del cuido a los compañeros, de hacer mantas, de acciones que había escuchado a lo lejos, pero nunca había estado tan de cerca. Y simplemente durante mis tardes, aún vestida de uniforme colegial, llegaba a la Universidad a ser parte de ellos. Era la más pequeña, pero muy entusiasta y dispuesta a ser parte de todo ello.

Por un golpe de suerte pude entrar a un programa en el cual se aceleraba el bachillerato. Yo ya había terminado el bachillerato en Cuba, pero por falta de comprobantes no podía confirmarlo en el sistema educativo de El Salvador. Y no puedo negar que fue un alivio de cierta forma no tener que exponerme al ritual mañanero de entreabrir los labios sin decir nada. Después supe que el rezo era el «Padre nuestro». Vaya usted a saber las canas que

me sacó aprendérmelo. Y no solo en español, sino que hasta en clases de inglés, que era prácticamente nota final de un examen.

Feliz por estar más cerca de la Universidad, entre 1992 y 1993 me involucré mucho más a las actividades del movimiento estudiantil, sumando a ello más de una visita que desde el trabajo de mi hermana mayor se realizaban en ese entonces. Morazán y la comunidad Segundo Montes eran algunos de los destinos. Y empecé a encontrarle sentido a El Salvador al ver a tanta gente reunida buscando esperanza. El caso específico de la Segundo Montes generó un impacto también en mi vida.

En esa comunidad aún viven familias repatriadas, familias que en algún momento tuvieron que dejar sus cosas para ir a refugiarse a Honduras y que en su mismo proceso decidieron retornar bajo las balas e instalarse como comunidad. Me encantaba para esos días escuchar sus historias porque me sentía útil sistematizando esas vivencias. Así conocí a Rufina Amaya, sobreviviente de la sangrienta masacre de El Mozote. Rufina tenía en su mirada la fuerza del izote: una mujer valiente de verdad, con la que ha sido un inmenso honor interactuar y de quien me quedan lecciones de humildad, valentía y vida.

QUINTA ESCALA

Sanando a través de la memoria

Me había metido de cabeza ya en el paisito a través de la defensa de los derechos humanos. Las vivencias de la Segundo Montes marcaron mi camino y la suerte estaba echada. Andar sobre los pasos de tanta gente dolorida, de tantas historias, de tantísima vida, eso quería hacer: buscar una forma de ayudar a reconstruir el rompecabezas en el que se convierte una persona que guarda tanto dolor.

Y así, de pronto, mientras me iba enamorando cada vez más de la gente en la comunidad, llegó la noticia: «¡Ya encontramos a alguien que sabe dónde enterraron a tu papá!». Era mi tía. Ella había iniciado hacía algunos años las investigaciones y por fin alguien le daba la noticia.

El hombre se llamaba Toribio y se había incorporado a la guerrilla siendo adolescente. y se encargaba de darle seguridad a una organización no gubernamental. Hablaba pausado y cuando me conoció me dijo que me parecía mucho a mi papá. Fue a través de él que supimos que el ataque fue sorpresivo y que apenas hubo tiempo de salir; que él y mi papá habían quedado muy cerca, resguardándose cada uno en árboles cercanos; que mi papá no se cansaba de decirle que se cubriera mientras las balas silbaban, hasta que se escuchó una detonación profunda, oscura, seca. Y luego, silencio. Mi padre ya no le prevenía y no contestaba: había quedado recostado en posición fetal, cuidándose el cuerpo del ataque, pero una esquirla encontró su talón de Aquiles en la base de su cráneo.

—Fue fulminante —me dijo, y quedamos todos en silencio.

Nos contó que como pudo abrió una fosa. Papá era alto, sin embargo, el espacio fue suficiente para protegerlo durante ocho años. La tierra lo abrazó con sus botas y su chamarra puesta y ahora nos lo devolvía.

Tal como habíamos quedado, pasamos por Toribio muy temprano aquel día. La carretera nos llevó hasta Chalatenango y luego nos dirigimos al municipio de San Fernando. El camino me pareció eterno no solo por la distancia, sino también por los kilómetros y kilómetros de abandono, caseríos dispersos y olvidados, inaccesible, hasta que llegamos a una zona llena de pinos a donde ya no podían entrar más los vehículos. La caravana se detuvo y todos esperamos al juez, quien se incorporó a la fila que seguía a Toribio: el médico forense, mi tía, dos muchachos que ayudarían en la faena, mi mejor amigo y yo.

Muchos nos deslizábamos entre las hojas de los pinos, agujas traicioneras que no colaboran en situaciones de emergencia. Trataba de imaginarme cómo sería correr por la vida en ese paraje y definitivamente me pareció imposible una retirada ágil. La montaña se imponía y sin prisa pero sin pausa íbamos avanzando. Toribio a veces dudaba pero rectificaba el camino. Su memoria de elefante nos llevó ahí, al pie del árbol donde por última vez oyó la voz que le previno.

Las palas empezaban a cavar el lecho: una, dos, tres, cincuenta, noventa, ciento cincuenta veces, hasta que en la siguiente afloró algo que parecía ropa. El médico forense empezó su trabajo con paciencia y cariño. Una brocha le acompañaba y poco a poco fuimos descubriendo un zapato, el otro (los mismos con los que lo vimos la última vez en La Habana); un pantalón, una chamarra que reconocí, su camisa, y dentro de todo ello estaba mi papá. Levantamos los restos y los pusimos en un depósito provisional, iniciamos la caminata de regreso en silencio y devolvimos nuestros pasos en una especie de marcha fúnebre. Íbamos contigo, papá.

De regreso a la ciudad, mis hermanas menores esperaban en la casa de mi tía. Con parsimonia abrimos el depósito provisional y limpiamos cada uno de los huesos: las tibias, los peronés, los fémures, la pelvis, las vértebras, los húmeros, sus radios y cúbitos, y los fuimos depositando en un pequeño ataúd hasta llegar al cráneo, en cuya base se encontraba un orificio del tamaño de un frijol. Era la entrada de la esquirla, medio centímetro de metal arrollador, maldito pedazo de chatarra, maldita guerra. Lloramos calladitas, huérfanas, haciendo nuestro duelo.

Al día siguiente lo entregamos una vez más a la tierra, pero ahora con un nombre y un lugar para visitar; ahora con la promesa de regresar a contarle la jornada. Un epitafio y una flor que nos hiciera saber que ahí estaba.

Años después estaría encargada de dar apoyo jurídico, psicológico y social a sobrevivientes de masacres y familias enteras que habían entregado a la tierra de manera apurada los restos de sus hermanos, tías, hijos, abuelas. Cada historia era un llanto resguardado que al acariciarlo brotaba raudo; cada exhumación era un duelo postergado;

cada entierro era poder llamar por su nombre a los muertos; cada caso era una esperanza de justicia y cada voz, el compromiso de ver sano a este tan dolido pueblo. Y así fui comprendiendo a El Salvador, a través de las historias de su gente, que no eran tan distintas de las mías. Así empecé a amar el lugar que me vio nacer y a sentirme parte del calor de la leña y el comal, donde las mujeres acuestan el maíz; así me fui quedando con la bondad de don Alfonso y la ternura de la niña Juliana; así fui abrazando el afecto dolorido de mi gente, y fui perteneciendo, poco a poco, a los juegos con chibolas de los cipotes en la comunidad. Y así, al compás de la nostalgia, pero también de la resignación, ahora me sé salvadoreña.

ESTACIÓN FINAL

Mi identidad

Soy, a mucha honra, de las que crecieron vagando por las calles de una ciudad hermosa, subiéndose a rutas desconocidas en El Salvador, como la 27, 110, 87, 89, 81 y la 114. Comí helados de Coppelia cuando había la opción de pedir jimaguas y tres Marías, incluso la ensalada: ¡muchacho!, eso sí era candela. Crecí cantando «Anduriña, ¿dónde estás?» y «We are de World» a coro con todos los niños y niñas de la escuela. Crecí oyendo sobre la caída de la Unión Soviética, haciéndome un cerquillito « buscanovio» con agua jabonosa, lustrando mis zapatos con betún y fósforos.

Crecí sabiendo que había dos Alemania, que los televisores tenían botones o perillas o más aún, que los televisores a color eran una sensación. Ni se les ocurra la posibilidad de la existencia de un control remoto, ¿qué es eso? Crecí yendo a ver el Circo Ruso en la ciudad deportiva, «La Comedia Silente», «El Capitán Tormenta», «Tía Tata cuenta cuentos», «Detrás de la fachada», y las tandas del domingo.

Crecí entre palmas reales y tierra colorá, yendo al Malecón y caminando como loca. Y sin duda crecí feliz.

Crecí con la nostalgia de un padre asesinado, un tío torturado y un exilio político por extensión. Tengo la dicha de contar esta historia como lección de vida, como lección de introspección, como estandarte de construcciones para edificar mejores personas —empezando por mí— y mejores sociedades.

Tengo en mi haber el ejercicio del derecho propio y la oportunidad de ser portavoz del ajeno. Tengo la vocación de ser mamá, la fuerza de las olas del océano Pacífico y la paz del mar Caribe.

Tengo la solidaridad y la entereza de un país que vivió y desarrolló su propio modelo socialista, que aprendió a forjar mejores seres humanos y que generó miles de expectativas en el mundo entero; pero tengo también la mansedumbre con entereza de la mujer guerrera salvadoreña y la propuesta en brote. Tengo, en síntesis, la lucha a flor de piel.

Tengo repleta de historias una mochila que mantuve siempre lista para volar a cualquier otro lugar o para regresar a una patria imaginaria. Con esa mochila a mis espaldas, fue necesario aprender a transitar entre la utopía y la nostalgia, a aprenderme y desaprenderme, a arraigarme y desarraigarme, a cambiar mi acento, a modular mi voz, a cambiar ese hábito de gesticular por todo, hasta que finalmente comprendí que la vida me dio la oportunidad de asumirme desde lo que soy y que no era necesario modificar nada. Aprendí a verme a mí misma como dos culturas que cohabitan, dos acentos, dos sazones, dos folclores y más de dos manías.

Esa mochila que hoy se abre saca lo que más me identifica: unas maracas, un malecón, un maquilishuatl, una vara maya, una tumbadora, una marimba, un volcán y una llanura, un círculo de amigos que no tienen fronteras, mis hijos, mis amores, mis defectos y virtudes, pero sobre todo mis lecciones.

Y es que los exilios nunca fueron tan dorados como los pintan. Traen consigo una serie de fantasmas que rondan a quien los ha vivido. Se quedan hasta que logramos entender que ellos son parte del equipaje y que se esconden celosamente entre cualquier bolsillo o en la esquina de un recuerdo. Se bañan con nosotros y se enojan con nuestras rutinas. Empujan nuestras lágrimas al atardecer o sueltan una estrepitosa carcajada de buen recuerdo. Nos atormentan y nos agradan de mil maneras. Hasta que finalmente, un día, comprendemos que el exilio es para toda la vida… y danza con nosotros en la cotidianeidad y se vuelve un solo ser que vive lleno de nostalgias, pero también de esperanzas.

Sigo creyendo que mi verdadero exilio es el que vivo en la patria que me vio nacer. Tengo ya en este terruño una profesión, una trayectoria en la lucha social, una voz por los derechos de mi pueblo, dos hijos, un hombre que camina de la mano conmigo, aprendizajes profundos, fantasmas y desamores; sin embargo, gran parte de mí aún se sienta en el malecón a contar olas o nubes, a dibujar soles, y se pierde en el olor de la sazón de ajo y comino. Y me permito extrañar y llorar y volver a extralar.

Para quienes no han concluido la construcción de esa identidad compartida, van estas letras: no son caminos llanos, ni historias rosadas. Hay lecciones y decisiones, la decisión de construirse o reconstruirse, y esa no es más que de uno mismo.

Al final del camino, a nosotros, los hijos de quienes vivieron exilio político y que realmente vivimos el exilio en nuestro propio país cuando nuestro retornos sucedieron, no nos queda más que eso, asumir nuestra identidad y luchar por ello y entregarle al resto de la sociedad nuestra propia historia y poner a disposición todas nuestras experiencias. Nos toca tratar de aportar visiones más estratégicas para el país, para las nuevas generaciones, que quizás por la bondad de habernos nutrido de otras vivencias que desarrollan un umbral de conocimientos diferentes, puedan ser de utilidad en los ansiados cambios sociales, políticos y culturales, tan necesarios en estos tiempos.

Como nos diría Nicolás Guillen: «Tengo, vamos a ver, tengo lo que tenía que tener».